

la pena rescatarla de su marginalización y seguir explorando las enormes posibilidades que ofrece su estudio, principalmente si se realiza desde un punto de vista interdisciplinar y teniendo en cuenta sus relaciones con las alocuciones que se insertan en otros géneros literarios.

Pero es que, además, los autores de los dieciséis artículos reunidos en este libro, lejos de limitarse a ofrecer una visión de conjunto del estado de la cuestión de lo ya hecho, nos regalan valiosísimas aportaciones que hacen avanzar de forma decisiva las investigaciones hasta ahora realizadas. Así, debemos agradecer a Juan Carlos Iglesias Zoido el haber dilucidado el proceso mediante el cual Tucídides creó el arquetipo de la arenga historiográfica mediante una hábil combinación de elementos oratorios procedentes de las arengas ya existentes en la tradición literaria (Homero y tragedia) con otros procedentes de los epitafios y discursos deliberativos; a Victoria Pineda por haber rastreado por primera vez la evolución de la teoría de la arenga en las principales artes historiográficas europeas de los siglos XVI y XVII, y a César Charro Gómez, que se adentra en el mundo de las arengas militares más representativas de la crónica medieval española, hasta ahora ignoradas por los especialistas europeos y españoles. Tampoco debemos olvidar la contribución de todos aquellos trabajos que, al centrarse en casos particulares de distintas épocas históricas, ponen de relieve la importancia de seguir desarrollando este tipo de estudio para poder profundizar en nuestro conocimiento del proceso evolutivo de esta modalidad discursiva. De gran valor para los interesados en la historiografía latina resultará la visión de conjunto que sobre ese ámbito realiza María Luisa Harto Trujillo. Y celebramos que Carmona Centeno, Harto Trujillo, Iglesias Zoido y Villalba Álvarez hayan llegado a completar el hasta ahora mal conocido *corpus* de las arengas historiográficas greco-latinas. Muy sugerentes son también aquellos trabajos que amplían nuestro conocimiento sobre otros aspectos de las relaciones entre retórica e historiografía, aunque, en ocasiones, su contenido se encuentre muy desvinculado del tema que le da unidad al volumen, la arenga militar.

Qué duda cabe que la aparición de libros de la calidad de éste que acabamos de reseñar debería estimular la financiación de nuevos proyectos de investigación en el mundo universitario español por parte de las administraciones competentes.

Carmen Saen de Casas  
Lehman College (CUNY), Nueva York. EE. UU.

RODRÍGUEZ PÉREZ, Yolanda. *The Dutch Revolt through Spanish Eyes: Self and Other in Historical and Literary Texts of Golden Age Spain (c. 1548-1673)*. Oxford: Peter Lang, 2008. 346 pp. (ISBN: 978-3-03911-136-7).

La Guerra de Flandes (1568-1648) fue un momento esencial en la historia de la cultura española, particularmente porque la propaganda de las provincias rebeldes y de sus aliados contribuyó eficazmente a formar una imagen negativa de los españoles

que perduraría hasta el siglo XIX. Es más, según numerosos historiadores esta imagen negativa (la Leyenda Negra) todavía afecta el modo en que los extranjeros perciben la historia y cultura de España, e incluso de los países hispánicos. En *The Dutch Revolt through Spanish Eyes*, Yolanda Rodríguez Pérez demuestra magistralmente que hubo otra cara de la moneda en esta guerra de propagandas: si los rebeldes holandeses formaron una imagen de lo español, también los españoles crearon en sus obras históricas y literarias una determinada imagen del holandés. El actual libro es una versión inglesa ampliada y corregida de la exitosa versión neerlandesa *De Tachtigjarige Oorlog in Spaanse ogen* (2003, 2003 y 2005).

Como su predecesora neerlandesa, *The Dutch Revolt through Spanish Eyes* es fundamentalmente un exhaustivo estudio imagológico, es decir, un análisis de la creación y evolución de la imagen o percepción de otro pueblo. En concreto, el libro examina cómo se formó y cómo evolucionó la imagen que los españoles tenían de los holandeses durante la Guerra de Flandes, y también después de la misma. Así, Rodríguez Pérez estudia qué imágenes circularon con más intensidad, de dónde procedían, cómo se las presentaba al público, y en qué contextos se diseminaban. Para hacerlo, la autora se basa sólidamente en recientes estudios imagológicos, así como en un amplio corpus que incluye obras literarias (comedias de Lope de Vega, Alonso Remón, Claramonte, Pérez de Montalbán, Mira de Amescua, Jiménez de Enciso, Vélez de Guevara y Calderón de la Barca, romances de Pedro de Padilla), relaciones de soldados españoles que participaron en la guerra, avisos, crónicas e incluso, ocasionalmente, correspondencia privada. Rodríguez Pérez combina métodos de análisis histórico y literario para examinar este corpus, y demuestra siempre gran sutileza para determinar las diferentes peculiaridades de cada tipo de texto, hasta el punto de que encuentra notables diferencias incluso en la imagen que presentan obras del mismo género y del mismo autor, como es el caso de las comedias de Lope.

Uno de los capítulos más interesantes del libro es el inicial, que Rodríguez Pérez dedica al trasfondo de la imagen del holandés en España, es decir, a la formación de la idea del holandés antes de la guerra. Aquí la autora maneja con soltura la bibliografía existente (especialmente los diversos estudios de Vosters). Además, examina eruditamente cómo los españoles concebían a los holandeses utilizando fuentes clásicas (especialmente Tácito) y las teorías climatológicas heredadas de la Antigüedad, que yuxtaponían a observaciones de orden más empírico procedentes de las intensas relaciones entre España y Flandes a partir de la Baja Edad Media.

Esta imagen –generalmente muy positiva– cambió radicalmente durante la primera etapa de la contienda, es decir, durante los años previos a la tregua de 1609. Rodríguez Pérez muestra cómo durante este periodo una serie de políticos y religiosos españoles (Villavicencio, Del Canto, y luego Ulloa, Cornejo, Mendoza, Trillo y del Río) utilizaron elementos de la imagen anterior para forjar una idea negativa del holandés como hereje rebelde, crédulo y obstinado, arrogante y desagradecido. La autora clasifica y analiza los componentes de esta representación cuidadosamente, pero además lleva a cabo un trabajo paralelo especialmente interesante: examina

cómo los españoles se representaban a sí mismos en contraposición al “otro” que eran los rebeldes holandeses. Es decir, Rodríguez Pérez estudia cómo la guerra y su propaganda contribuyeron a crear no sólo una imagen del enemigo, sino una imagen de la “gente” o “nación” española. En este sentido, *The Dutch Revolt through Spanish Eyes* contribuye eficazmente a los recientes estudios sobre el origen del nacionalismo español, que muchos historiadores tienden ahora a situar precisamente en la Edad Moderna y en el contexto de las guerras de los Habsburgos contra los otomanos, Inglaterra, Francia y Holanda.

Otro elemento particularmente acertado del análisis de Rodríguez Pérez es la cuidadosa distinción que hace entre las diferentes imágenes del holandés que presentan las comedias de Lope de Vega. La autora no reduce estas comedias a los elementos tópicos de la imagen negativa del holandés que aparecen en otras fuentes, sino que las examina minuciosamente para demostrar que Lope presenta siempre una imagen compleja de los holandeses. En ella caben enemigos rebeldes —herejes obstinados, desagradecidos y arrogantes, y amigos de rebeliones y novedades—, pero también fieles aliados que luchan junto con los españoles por la causa común de la religión católica y la obediencia al rey. Aquí Rodríguez Pérez desarrolla interesantísimas conclusiones que ya ha avanzado en estudios anteriores, y que nos deben hacer reflexionar sobre la sutileza de la comedia áurea. En contra de lo que se venía creyendo, las obras de Lope y sus seguidores aparecen hoy en día como mucho más que mera propaganda (o “arte dirigido”, en la terminología maravalliana) de las clases dominantes. La comedia incluye mensajes complejos, que pueden adoptar la ideología dominante pero también aspirar a influir en ella. Además, Rodríguez Pérez muestra cómo en estas comedias Lope utiliza su querida metáfora del amor (las tentadoras mujeres flamencas) para representar la división y, por tanto, la complejidad del enemigo.

En sus capítulos finales Rodríguez Pérez explica la evolución de esta imagen siguiendo las vicisitudes de la guerra. Durante la Tregua de los Doce Años (1609-1621), las fuentes españolas dejan de prestar tanta atención en la imagen del enemigo para centrarse precisamente en la propia, como demuestra la autora fijándose en la aparición de la tópica *laus Hispaniae* en textos históricos sobre la Guerra de Flandes. Después, cuando la guerra se reanudó tras la subida al trono de Felipe IV y el fin de la tregua, los esfuerzos españoles se concentraron en la “reputación” que ya ha notado Elliott como dominante en la política de Felipe IV y Olivares. Así lo corrobora Rodríguez Pérez analizando las fuentes sobre la guerra hasta 1648, que tratan desesperadamente de difundir la imagen de un imperio español sólido, poseedor legal de una monarquía universal, defensor de la verdadera fe y de la paz de la cristiandad. Se trata, por tanto, de nuevo de un periodo en que la imagen que de sí mismos difunden los españoles cobra más importancia que la del enemigo holandés, aunque cuando éstos aparecen cobran unos tintes mucho más negativos y uniformes que los que presentaban en la primera etapa de la guerra. De este modo, los españoles comienzan a construir a los holandeses como bárbaros incontrolados, dados a la bebida, además de seguir siendo, como era de esperar, herejes rebeldes obstinados y

arrogantes. Por último, Rodríguez Pérez dedica su atención a capítulos menos estudiados de la relación española con las Provincias Unidas: el periodo inmediatamente posterior a la Paz de Münster y la narrativa histórica actual. La autora demuestra cómo la imagen hostil que los españoles tenían del holandés se difumina para dejar paso a nuevos enemigos (destacadamente los franceses e ingleses), y como algo semejante ocurrió en Holanda. Allí, algunos elementos de la Leyenda Negra desaparecieron y permitieron la entrada de características más positivas del español. Por último, Rodríguez Pérez estudia a modo de epílogo las popularísimas novelas históricas de Arturo Pérez-Reverte, en que la Guerra de Flandes y el enemigo holandés desempeñan un papel central (especialmente en *El sol de Breda*).

En suma, *The Dutch Revolt through Spanish Eyes* es un libro erudito y completísimo, que le proporciona al lector mucho más de lo que promete: no solamente estudia cómo los españoles percibieron a los holandeses, y cómo y por qué evolucionó esa imagen; además, analiza cómo los españoles construyeron su identidad nacional en este conflicto —intencionalmente o no— por oposición al enemigo holandés. Rodríguez Pérez lleva a cabo estas reflexiones por medio de una prosa limpia y suelta, y muy lógicamente organizada, que hace que el libro sea apto tanto para leer de seguido como para consultar aspectos concretos del mismo (las comedias flamencas de Lope, o la influencia de Tácito en la imagen que los españoles tenían de los holandeses, por dar tan sólo dos ejemplos). Es una obra excepcional, que reúne lo mejor de los métodos de análisis literario e histórico, y que debe estar presente en la biblioteca de todo aficionado al Siglo de Oro o a la creación de la conciencia nacional española. Es realmente afortunado que los lectores que no estén familiarizados con el neerlandés puedan acceder ahora a este libro en esta traducción inglesa, muy corregida y aumentada.

Antonio Sánchez Jiménez  
Universidad de Amsterdam

MEUNIER, Philippe y Jacques SOUBEROUX, ed. *Stratégies de l'encuentro et du desencuentro dans les textes hispaniques: actes du colloque des 8, 9 et 10 juin 2006*. Cahiers du GRIAS-CELEC, 13. St. Etienne: Publications de l'Université de Saint-Etienne, 2008. 381 pp. (ISBN: 9782862724805)

Estas actas del Coloquio *Estrategias del encuentro y del desencuentro en los textos hispánicos* celebrado en 2006 en Saint Etienne se componen de una introducción y 24 contribuciones de las que dos pertenecen al ámbito de lo icónico. El libro está subdividido en cuatro apartados: el primero dedicado a textos narrativos, el segundo a textos dramáticos y el tercero a poemas. El cuarto apartado lo ocupan dos contribuciones sobre pintura y fotografía que no voy a comentar.

Si se considera que en cualquier texto literario en el que aparezcan más de una figura el encuentro es inevitable y forma parte integrante de la trama o se constituye